

ensayadas por el dictador, cuya máxima parece ser tantear en todas las direcciones en busca de solución.

Primo de Rivera fue improvisando soluciones sobre la marcha, a medida que los problemas se iban presentando. Pero, si no era el gran estadista y estratega que pretendieron sus panegiristas, tampoco es cierto que sus éxitos fueran el resultado de la casualidad y de la suerte, como aseguraron sus críticos. La operación de Alhucemas, cuyo buen resultado se debería al azar, según esta interpretación, fue, como en este libro se pone de manifiesto, minuciosamente preparada.

¿Fue la diplomacia primoriverista insensata, imprudente, carente de realismo? Sueiro sostiene que sólo por lo que respecta al planteamiento de algunas cuestiones en términos imposibles de aceptar por Francia y Gran Bretaña, y a las que por lo tanto se vio obligado a renunciar. Pero lo que prevalece es su conciencia de que la amistad con esas dos potencias es la única vía posible y deseable para España, y en ese sentido su política es de un gran realismo, como reconocieron las cancillerías francesa e inglesa. Si en algún momento Primo de Rivera llegó a contemplar la posibilidad de combinaciones más o menos audaces, de modificación del *status quo* en la zona —y sin duda lo era la alianza que Mussolini le propuso—, su política se mantuvo a la postre en los tradicionales cauces de vinculación con los aliados de siempre. La conclusión más clara del análisis realizado en esta obra es que la política mediterránea de la Dictadura, se caracteriza por la continuidad con respecto a la de los denostados gobiernos constitucionales que la precedieron. Por encima de afinidades ideológicas más o menos profundas, se impuso el pragmatismo, como suele ocurrir en política internacional.

M.^a Dolores Saiz

DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo. *Imperio de Papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*. Prólogo de Manuel Espadas Burgos. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1992, 512 páginas.

Analizar la diplomacia, o mejor las relaciones internacionales de un país, desde el punto de vista de sus relaciones culturales, no es precisamente algo común en los estudios acerca de la dimensión internacional de España. Precisamente el análisis de las relaciones culturales es uno de los planteamientos más renovadores de la actual historia de las relaciones internacionales, en línea con lo que han propuesto R. Preiswerk, M. Merle, J. Freymond o P. Milza, de considerarlas como uno de los factores más eficaces de sociabilidad internacional. Al adoptar este punto de vista, el libro del profesor Delgado se coloca en la senda de esta perspectiva metodológica novedosa, lo que de entrada otorga a su estudio, aparte de su innegable valor específico, un valor adicional.

La diplomacia cultural española, que se instala en nuestro país desde comienzos del siglo XX, se concebirá desde un primer momento como elemento capaz de reforzar la presencia internacional española, de superar la debilidad de su potencia material, mediante la conjunción y aprovechamiento de sus fuerzas morales. Aunque Europa y América fueran por igual los ámbitos preferentes para la irradiación de la imagen de España, para la propaganda de Estado en una palabra, el continente trasatlántico fue primero y prioritario. La acción cultural desarrollada hacia la América Hispana fue, en efecto, la de mayor desarrollo. Esta dimensión es la que ha analizado más específicamente Lorenzo Delgado al tratar de describir el proceso de configuración de esa diplomacia cultural española que se articula desde comienzos de la centuria en torno a organismos como la Oficina de Relaciones Culturales (1921), la Junta de Relaciones Culturales (1926), antes de la guerra civil, y a partir del Consejo de la Hispanidad, el Instituto de Cultura Hispánica, y otros, después de la misma.

Evidentemente la guerra civil produjo un corte con la consiguiente adecuación de la acción cultural a las necesidades propagandísticas de cada bando contendiente. En el bando franquista, desde el primer momento quedó patente la supeditación de la acción cultural a los requerimientos de la política exterior, desde la justificación internacional de los móviles del *Alzamiento* hasta la condescendencia interesada hacia los *amigos de la primera hora*. Las relaciones culturales con los países del Eje alcanzaron gran importancia, a la par que se reducían al mínimo las mantenidas con las democracias anglosajonas. Tuvo un interés particular su política hacia la Francia de Vichy, consecuente con la fracasada *tentación española* de participar como *Imperio* en el *Nuevo Orden*. Las reclamaciones del *espacio vital* en el continente africano motivarían un relativo estímulo de la presencia cultural española en su zona del Protectorado de Marruecos, mecanismo a través del cual se pretendía captar las simpatías del nacionalismo marroquí con el objetivo puesto en una eventual reordenación de fronteras en la zona a expensas de Francia.

El cambio de 1942 en la política mundial aconsejaría prudencia y un giro neutralista en la política exterior franquista. El acento puesto en el carácter católico y anticomunista del régimen acabó reflejándose en un programa de política americanista que situaba su norte en la *singularización* española. Precisamente en sus relaciones con la América hispana halló el régimen la oportunidad de *rectificar* su imagen, bajo el manto cultural. Una imagen que, bajo un aparato cultural que divulgase *insensible e inadvertidamente la verdad de España*, apelaba a la tradición, el catolicismo y el anticomunismo como elementos distintivos.

Como no podía ser menos, el pormenorizado estudio de Delgado sobre el nacimiento y desarrollo de una diplomacia cultural española, y de sus instituciones y actores, no se agota en sí mismo, sino que sirve de base al estudio de una serie de coordenadas de mayor alcance.

El análisis de la proyección americanista de España, antes y/o con Franco, revela circunstancias (y carencias) tanto internas como externas al propio país. En primer lugar habría que decir que la *idea de América* ha aparecido frecuentemente ligada a la propia conciencia nacional y a sus propuestas de transforma-

ción o legitimación. Es más, la vinculación entre identidad nacional y proyección trasatlántica adquiriría enseguida una componente que influyó en las formulaciones españolas sobre el carácter de las relaciones con aquella región del mundo emitidas a lo largo de todo el siglo xx. El *mito de la unidad* con las naciones del subcontinente americano, funcionaba desde las revoluciones independentistas, pero adquiriría mayor énfasis a finales de la centuria. No es extraño, pero no fue suficiente al momento. En un contexto de crecientes retos imperialistas, la escasa vertebración histórica del nacionalismo español, su escaso valor proyectivo, fueron incapaces de contrarrestar la agresividad creciente de otros nacionalismos expansivos. Así, América, o mejor dicho, la identidad entre España y América, se fue erigiendo cada vez más como un recurso particularmente adecuado a las aspiraciones españolas a escala doméstica, pero de escaso valor a escala internacional.

Hay un segundo elemento en la apelación a la comunidad hispanoamericana que destaca con todo acierto Lorenzo Delgado, y es su carácter de ser una *inversión idealista* de las condiciones estructurales del desarrollo. Primaron desde España los móviles espirituales, culturales o sentimentales, antes que los materiales en la relación trasatlántica. Y esto no sólo como consecuencia de un evidente atraso de nuestro país, que imponía limitaciones a cooperaciones excesivas, sino también —señala Delgado— por la influencia de las capas sociales minoritarias que actuaron como ejes motrices de esos propósitos de convergencia, cuyo componente idealista está presente en su meditación permanente sobre el *problema español* y sus soluciones. Según esta creencia, el sustrato cultural de los pueblos hispánicos era suficiente para articular una identidad común que conciliara las contradicciones de intereses existentes. La culminación de este nudo argumental no era otro que la integración supranacional por la fuerza de las ideas, circunstancia que devolvería a la comunidad hispanoamericana su capacidad de intervención en los asuntos mundiales.

Es bien sabido, pero no está de más recordarlo: en nuestra dimensión internacional, la América hispana se instaló desde muy pronto como un elemento de apoyo de la política exterior española, como un resorte polivalente de su acción internacional. Rara vez considerado como un fin en sí mismo, el hispanoamericanismo constituyó durante décadas un medio o vehículo a través del cual aumentar el protagonismo español en otros ámbitos, una baza de negociación para potenciar la capacidad de maniobra española en la comunidad internacional o frente a las grandes potencias: en la Sociedad de Naciones, en las décadas de comienzos de siglo, en la ONU más tarde; ante los países del Eje primero y con Estados Unidos tras los pactos de 1953. Toda antigua metrópoli ha utilizado su presencia —o pasado— colonial como canal de sustitución política en situaciones de aislamiento, derrota o retroceso de su presencia internacional. Tal fue el escenario francés tras la derrota ante Prusia de 1870; la de Gran Bretaña tras su declive en los años veinte, siguientes a la Primera Guerra Mundial. España también tuvo su derrota, su declive, su retroceso y su consiguiente proceso de sustitución. También como antigua metrópoli tenía su pasado colonial para periodos malos. Hispanoamérica, puntal de sucesivas reorientaciones internacionales en momentos de tran-

sición de la política nacional, canal socializador de las sucesivas estrategias de cambio, tal fue, en mayor o menor medida, antes y/o con Franco, su principal función argumental. El libro de Lorenzo Delgado lo demuestra sobradamente.

Ricardo Miralles

LÓPEZ CORDERO, Juan Antonio, *Sociedad y economía del Jaén isabelino*. Granada. Universidad de Granada/Ayuntamiento de Jaén. 1992, 422 pp., bibliografía, 2 planos, 18 fotografías e índices de cuadros y gráficos.

La historia local ha alcanzado en Andalucía en los últimos años un auge extraordinario. Se trata de un fenómeno que afecta a la totalidad de las regiones que configuran el mapa español. En realidad, la historiografía localista no es ajena al Estado de las autonomías, y a la necesidad de rastrear en el pasado para encontrar las señas de identidad que justifique la propia existencia de estas comunidades autónomas.

En este contexto, la provincia de Jaén no podía ni debía estar al margen. Gracias a la labor de una serie de jóvenes investigadores está plenamente incorporada a esta renovación historiográfica, y se encuentra en la avanzadilla de nuestros conocimientos sobre la historia contemporánea andaluza. Evidentemente, siempre quedan aspectos o temas por investigar, pero podemos considerarnos satisfechos por el nivel alcanzado y por el grado de conocimientos acumulados sobre determinadas etapas del siglo XIX y XX.

El libro de López Cordero ha contribuido en no poca medida, precisamente, a cubrir una laguna historiográfica del siglo XIX jiennense: la etapa que va desde 1843 a 1868 y que se corresponde con el reinado de Isabel II. El período estudiado es crucial para comprender la evolución posterior de la provincia de Jaén y descubrir algunas claves que nos permitan explicar el atraso y el subdesarrollo político, social y económico que ha padecido nuestra provincia. Durante este período se consolida administrativamente la provincia de Jaén y se ponen las bases sobre las que se levantaría su estructura social y económica hasta mediados del siglo XX.

Para conseguirlo se hace un análisis que podemos considerar clásico en sus planteamientos metodológicos. Se analizan los aspectos económicos y sociales más relevantes de las décadas centrales del siglo XIX de forma casi exhaustiva por este orden: población, agricultura, ganadería, industria, minería, comercio, comunicaciones, ferrocarril, carreteras, correos, telégrafos, finanzas, beneficencia, sanidad, enseñanza, clases sociales, impuestos, ocio, fiestas, desamortización. Para terminar se resumen a modo de conclusiones lo que se ha dicho en los capítulos precedentes o se reiteran los aspectos más importantes que se han expuesto en el libro.